

Inteligencia Artificial, desinformación y polarización: una mirada crítica del Dr. Lluís Codina

*Por: Ingrid Estrella, PhD.
Editora Internacional de Scripta Mundi*



Lluís Codina es profesor honorario e investigador de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, donde ha desarrollado más de 30 años de actividad docente en la Facultad de Comunicación, especialmente en los grados de Periodismo y de Comunicación Audiovisual. Forma parte del grupo de investigación DigiDoc (UPF), es cofundador y miembro del equipo editorial de la revista académica Hipertext.net y codirector del Observatorio de Cibermedios. Ha sido investigador principal de diversos proyectos competitivos del Plan Nacional de I+D+i en España, con líneas de trabajo centradas en comunicación

académica, documentación digital, SEO aplicado a cibermedios y periodismo digital. Además a sus investigaciones en revistas científicas, es un asiduo escritor en redes sociales, donde publica novedades sobre la Inteligencia Artificial aplicada a la comunicación. Tiene un número considerable de seguidores, especialmente en LinkedIn, quienes valoran sus publicaciones y las comparten muy a menudo.

DOI: <https://doi.org/10.53591/bfbwse09>

Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0. Los autores mantienen los derechos sobre los artículos y por tanto son libres de compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra.



*Código de acceso a la
entrevista completa*



¿Dr. Codina, cómo ve usted, de manera general, el impacto de la IA dentro de los procesos de comunicación y —específicamente— de los periodísticos?

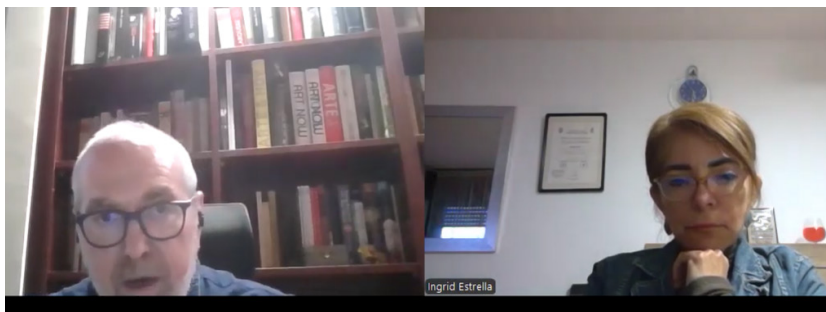
Hace un año parecía que iba a tener una irrupción aún más destacada en el mundo periodístico. Aunque no ha tenido tanto impacto como parecía, tiene una importancia destacada porque afecta a diversos procesos vitales para la industria.

Voy a empezar por uno que a lo mejor no es el más evidente: es el análisis de usuarios o el análisis de audiencias. Aquí tengo que hablar de segunda mano, por los reportes que yo leo, no porque yo lo haya podido comprobar personalmente, porque no trabajo dentro de ninguna redacción periodística; hablo como observador, como estudioso o como interesado en el tema.

Parece que las empresas que se lo pueden permitir, porque utilizan tecnología propia o tecnología de terceros pero adaptada de manera específica, están utilizando la inteligencia artificial para mejorar la comprensión de lo que los usuarios de un medio quieren o lo que los usuarios de un medio desean. Es el análisis de audiencias.

Están usando la inteligencia artificial para predecir, por ejemplo, de manera temprana, cuando un suscriptor presenta señales de que puede cancelar la suscripción o no renovar: la tasa de abandono. A veces, pueden tomar medidas y tal vez los contactan para hacer ofertas especiales.

En diálogo con Ingrid Estrella, el doctor Codina realizó una profunda reflexión sobre el peligro que la desinformación representa para la credibilidad del periodismo, y cómo este riesgo está afectando la democracia moderna tal como hoy la concebimos.



El Dr. Lluís Codina y la Dra. Ingrid Estrella durante la entrevista, disponible en You Tube. <https://www.youtube.com/watch?v=baZ5tLhRN0>

Y también lo utilizan para algo que a los redactores no les acaba de gustar mucho, por razones comprensibles, que ahora vamos a entender enseguida: para verificar en tiempo real, en cada momento, qué piezas periodísticas están impactando más, qué piezas periodísticas están gustando más a la audiencia. Y entonces los redactores añaden una doble presión a su trabajo. Además de la presión normal —y deseable que la tengan— de hacer buen periodismo, tienen la presión de que ese buen periodismo guste a los algoritmos, guste a las redes sociales, guste a las audiencias.

Este es uno de los usos. Y luego tenemos el otro gran uso, que podíamos equiparar, para buscar un término global, con la “curación de contenidos”. Digo “curación de contenidos” porque es así como debería usarse la inteligencia artificial... La curación de contenidos implica que los periodistas, en cualquier momento, para su trabajo, pueden documentarse, en lugar de hacer una búsqueda estándar o en lugar de limitarse a las fuentes humanas que pueden tener algunos periodistas. Pueden utilizar la inteligencia artificial, ChatGPT o sistemas similares. Google Gemini, que está destacando muchísimo por una capacidad de innovación tremenda últimamente. Hablar de curación de contenidos significa que el periodista utiliza correctamente la inteligencia artificial, lanza un **prompt**, obtiene una información, verifica las fuentes, evalúa lo que la inteligencia artificial le da, lo edita y lo trabaja con pensamiento crítico, y luego eso que ha hecho le influye en la manera que sea: para redactar una noticia, para prepararse una entrevista, para planificar un reportaje, para hacer un guion de un vídeo en YouTube, pero siempre con el periodista al mando, siempre con el periodista controlando el proceso; lo que a veces se llama *“human in the loop”*, el periodista o el humano en el ciclo siempre, o el humano en el control. Y por eso le llamo curación de contenidos con IA, no le llamo solamente uso de la inteligencia artificial. La curación de contenidos implica que el periodista interactúa con la inteligencia artificial, interactúa de manera escalonada y crítica, y no copia y pega contenidos. Si el uso tiene un impacto importante, entonces se supone que el medio tiene que buscar un método estándar para declarar ese uso de la inteligencia artificial. Si es un uso que ha servido como orientación, un uso auxiliar, no hace falta, pero en caso de que tuviese un impacto importante, pues habría que declararlo.

Y luego tenemos el tercer caso que, por desgracia, no dudo que tenga

lugar. Esperemos que en los medios de referencia se utilice muy poco o nunca, pero hay medios de comunicación que no utilizan códigos deontológicos periodísticos. Me refiero al uso de lo que justamente acabo de decir: copiar y pegar, que sería lo contrario a la curación. La “anticuración” de contenidos significa que un periodista o un equipo lanzan prompts a una IA sobre temas y copian y pegan los contenidos generados por la IA y van publicando noticias una detrás de otra, redactadas en realidad por una IA.

Yo diría que estos son los tres usos de la IA que están impactando al periodismo.

¿Y cuáles cree que son los riesgos más graves que implica la IA en los procesos de desinformación, ante la proliferación de noticias falsas, bulos y todo lo relacionado con la información engañosa?

Lo más grave es que cada vez es más difícil distinguir contenidos “sintéticos” —quiero decir generados por la inteligencia artificial— de contenidos reales. En realidad en el caso de contenido textual, nunca había sido posible de distinguir. Un texto lo puede generar una inteligencia artificial de una manera muy similar a un ser humano. Pero ya estábamos avisados, de alguna manera, o resignados a esto. Sabemos que las ideas, los conceptos que recibimos por escrito, en contenido textual, los hemos de analizar con pensamiento crítico y ver si lo que nos dice una noticia es un disparate o tiene sentido, si es “terraplanista” o es lógico.

Pero yo creo que para imágenes o vídeos falsos no estábamos preparados...Y claro, una persona de una audiencia que está bien preparada, que no está dispuesta a creer cualquier cosa, que tiene pensamiento crítico, puede que los vídeos falsos no le impacten demasiado; pero una parte de la audiencia que, por la razón que sea —por su juventud, porque está muy polarizada, porque quiere creer en eso que le está llegando—, pues va a ser siempre impactada, va a tener siempre un potencial como víctima, para ser impactada por vídeos falsos.

Y los vídeos falsos tienen un impacto psicológico muy fuerte. Recibir un vídeo en el cual crees ver “en carne y hueso” a una persona haciendo algo, acompañado de una noticia falsa —porque, como ya sabemos, las noticias falsas, una parte de ellas, lo que buscan es crear división, crear polarización, y, para crear polarización, hay que buscar generar

indignación— y las personas víctimas de la indignación van a caer en esa trampa fácilmente cuando vean un vídeo en el que, por ejemplo, un supuesto gobierno malvado de cualquier ciudad malvada o de cualquier país malvado ha provocado inundaciones. Las *fake news* son así de salvajes: pueden hacer creer que es el gobierno el que está rompiendo o abriendo presas para ahogar a sus ciudadanos. Es absurdo, no se sabe por qué podría hacer eso un gobierno, por muy malvado que fuera, pero, bueno, este es justamente un caso real de *fake news*.

Si se hace con inteligencia artificial, sea el tema de las inundaciones o cualquier otro, pues va a tener una parte de la población sensible, que puede ser afectada.

Doctor, ¿y hay esperanza de que la IA también ayude a mitigar este problema de la polarización y los discursos de odio de los que usted está hablando, o realmente esto irá a mayor gracias a la IA misma?

Bueno, aquí hay dos cosas. Yo creo que es elemental que la inteligencia artificial, si está en buenas condiciones, debidamente entrenada —una red neuronal o un modelo de lenguaje debidamente entrenado— podría examinar vídeos y fotografías que circulan en redes sociales y advertir de la probabilidad alta, media, baja o muy alta de que sean noticias falsas o que sean contenidos fabricados por una inteligencia artificial.

El problema es la polarización social.

Voy a poner el ejemplo del terraplanismo. Si hay una parte de la población mundial que es terraplanista —parece ser que está en un 2% — entonces son varios millones de personas, lo que es un problema, porque el terraplanista es inmune a los razonamientos. Es decir, vamos a verlo en dos partes. La inteligencia artificial puede mitigar el problema de las falsas creaciones, sin duda, técnicamente sí. Ahora, ¿va a tener eso impacto en las personas que son vulnerables a las *fake news*? Esto es otra historia, es un tema completamente distinto, porque esas personas que son vulnerables —voy a decirlo de una manera seguramente muy poco adecuada— “quieren” ser vulnerables. ¿Qué haces cuando un terraplanista quiere ser terraplanista?

¿Entonces, ellos no tienen opción de razonamiento?

Literalmente, si se pone en marcha una inteligencia artificial que funcione dentro de una red social para advertir de qué contenidos están generados por la inteligencia artificial, a una parte de la población —esperemos que a la mayoría le servirá— pero la parte irreductible pensará que esa inteligencia artificial sigue formando parte de un complot, el mismo complot que algunos atribuyen, como la teoría de que el planeta está gobernado por una secta internacional que secuestra y asesina niños.

Doctor, ¿considera usted que esa falta de opacidad y transparencia de los algoritmos genera desconfianza en los periodistas y en el periodismo?

Sí. Si ahora volvemos a un público ilustrado, como es el de los periodistas, y podemos presuponer una cierta capacidad crítica, cierto pensamiento crítico... tienen que desconfiar de lo que tú dices: la opacidad de los algoritmos.

Los productores o fabricantes de inteligencias artificiales tienen la responsabilidad ética y legal de que sus inteligencias artificiales estén, en lo posible, libres de sesgos y de posiciones que vayan contra los valores humanos compartidos. Las inteligencias artificiales deben estar alineadas con valores humanos, con derechos humanos y con la democracia. Pero, ni siquiera los programadores de la inteligencia artificial conocen cómo las IA desarrollan su “razonamiento”. No razonan realmente, pero es como si razonaran a efectos prácticos.

Entonces, hay que tener una saludable desconfianza hacia los contenidos que genera una inteligencia artificial, porque, en las alucinaciones, hay dos problemas, como mínimo, desde el punto de vista de un periodista que cura información y contenidos usando la inteligencia artificial. Ese periodista debe tener cuidado de dos cosas: uno, las alucinaciones, los datos falsos que la inteligencia artificial genera, porque funciona de manera probabilística. El probabilismo le hace generar secuencias de frases, incluso datos completos inventados. Y segundo, cuando se esté tratando de temas delicados, de temas sensibles, hay la posibilidad de que la inteligencia artificial tenga una mala alineación con derechos humanos, por mencionar el tema más candente.

¿Y qué responsabilidad deberían asumir las plataformas de las redes sociales en este tema de la desinformación? ¿La asumen?

Bueno, haces bien en puntualizar las dos cosas: qué deberían y qué hacen. Que yo sepa, hacen mucho menos de lo que deberían hacer.

Hacen algo, es evidente que hacen algo. En algunas plataformas esto se ve más claramente que en otras. Pero, en alguna plataforma, por desgracia, su propietario ha dicho que no va a hacer nada. Ha declarado que es fanático de la libertad de información —no tiene nada que ver una cosa con la otra— pero se ha declarado fanático de la libertad de información y, por tanto, ha eliminado controles.

Pero, bueno, otras plataformas son más razonables en esto y, efectivamente, ponen controles. Está claro que no los suficientes por lo que se está viendo, es decir, no tanto como los que deberían poner.

Y la respuesta a qué responsabilidad deberían tener: la tienen toda. La responsabilidad de las plataformas es total. Las plataformas se enriquecen con los contenidos de los usuarios. Si tienes lo bueno, debes tener lo malo. Eso es un principio jurídico básico: cuando alguien tiene algo, tiene lo bueno y lo malo de ese algo.

Lo bueno es que se enriquecen con la atención de los usuarios y la publicidad. Lo malo es que tienen que controlar los contenidos. Bueno, ¿es malo eso? Sí, porque les implica gastos, pero deben hacerlo. Tienen toda la responsabilidad. Otro problema es cómo los gobiernos o la sociedad les obligan a cumplir con su responsabilidad.

Esa es la lucha en la que estamos ahora. Todos sabemos que, concretamente, la Unión Europea tiene una línea abierta, un frente abierto, para obligar cada vez más a las plataformas a ser más responsables con lo que publican, que no se escuden en: “Esto lo ha hecho un usuario, no lo he hecho yo”. Pero tú te estás beneficiando de lo que hacen tus usuarios. Entonces tienes la obligación. Ahora bien, tengo entendido que, con todas las barbaridades que nos llegan, solo nos llega una fracción. Hay mecanismos también para que los propios usuarios denunciemos casos muy salvajes de noticias falsas; y algunas son incluso muy crueles.

Pero, bueno, para sintetizar: sabemos que hacen cosas, pero parece ser, que no hacen lo suficiente. Y la responsabilidad la tienen toda, y seguramente, hasta que los gobiernos o las agencias de control no puedan imponer sanciones muy serias, las plataformas no se lo tomarán tan en serio como nos gustaría a todos.

Finalmente, doctor, ¿qué le espera a la democracia en este contexto de polarización, desinformación y discursos de odio?

Te tomo la pregunta inicial: ¿qué le espera a la democracia? Nada bueno. No voy a fingir que soy optimista cuando no lo soy, aunque yo soy una persona de naturaleza absoluta y totalmente optimista. Hay una broma que dice que un pesimista es un optimista bien informado, y en este caso estoy siendo pesimista porque me temo que estoy bien informado. Me gustaría estar peor informado, pero estoy bien informado.

No le espera nada bueno. Eso no quiere decir que el final sea fatal. Yo voy a diferenciar cómo está evolucionando, cómo está afectando los tiempos actuales al prestigio de la democracia —que este es el problema, está perdiendo prestigio— y cómo acabará.

No soy pesimista en cómo acabará. No creo que la democracia vaya a tener su fin, pero es un peligro real, hay que entenderlo así. Tenemos que darnos cuenta de que la democracia está en peligro. Siempre ha estado en peligro desde que se inventó y desde que se reinstauró en el sentido moderno. Podemos decir “sentido moderno” de las democracias actuales... porque yo creo que las democracias, como funcionan ahora, con todo su aparato de derechos humanos y estado del bienestar —porque todo está unido— proceden de los años 60. La democracia siempre ha estado en riesgo, pero siempre tenía más prestigio que desprestigio, y ahora esta relación se está invirtiendo. Las generaciones más jóvenes no la valoran. Y entonces, ¿qué le espera a la democracia en este contexto? Pues nada bueno.

Lo que pasa es que los seres humanos no tenemos que ser marionetas pasivas de lo que vemos en el mundo: podemos reaccionar cada uno como pueda. Y estamos reaccionando, y, que yo sepa, hay todavía muchas más personas en el mundo interesadas en proteger la democracia que en destruirla. Y esperemos que la reacción de todos, al final, consiga revertir el proceso.